

UN SERMÓN ACERCA DEL ESTADO MATRIMONIAL, MODIFICADO Y CORREGIDO POR EL dr. MARTIN LUTERO, AGUSTINO EN WITTENBERG

1519

Primero: Cuando Dios hubo creado a Adán¹ y hubo llevado ante su presencia a todos los animales, entre los cuales Adán no halló a ninguno que le fuese semejante y le pudiese servir de compañero idóneo para el estado matrimonial, Dios dijo: No es bueno que Adán esté solo; le haré una ayuda que le asista. Y Dios dejó caer sobre Adán un profundo sueño, y tomó una de sus costillas, y volvió a cerrar la carne en aquel lugar; y se la trajo a Adán. Adán entonces dijo: Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; su nombre será hembra, porque de su hombre² fue tomada. Por esto un hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne.

Todo esto son palabras de Dios en las que se describe de dónde proceden hombre y mujer, cómo han sido unidos, para qué fue creada la mujer, y qué amor debe haber en la vida matrimonial.

Segundo: Si no es Dios mismo quien confiere una mujer o un esposo, todo queda librado al azar; porque aquí³ se indica que Adán no halló consorte, pero tan pronto como Dios hubo creado a Eva y la hubo llevado a Adán, éste sintió hacia ella un genuino amor conyugal y reconoció que ella era su esposa. Por lo tanto, a los que quieran entrar en el estado matrimonial debe enseñárseles que con toda seriedad imploren a Dios que él les dé un cónyuge. Pues también el Sabio⁴ dice que "los bienes y la casa los pueden proveer los padres para sus hijos, pero la mujer la da sólo Dios"⁵ conforme a lo que merece cada cual, así como Eva fue dada a Adán por Dios sólo. Y si bien la irreflexiva juventud, por su exceso de deseos carnales, procede en este caso con suma ligereza, sin embargo ante Dios es asunto de gran importancia. Pues no en vano el omnipotente Dios instituye exclusivamente para el hombre entre todos los seres creados su estado matrimonial, haciéndolo con tanta deliberación y reflexión. A las bestias Dios les dice sencillamente: Creced y multiplicaos⁶, y con respecto a ellas no está escrito que Dios haya llevado la hembra al macho; por eso allí tampoco hay matrimonio. Pero a Adán le hace una mujer especial y única tomada del hombre mismo, la lleva a él, se la da, y Adán consiente en ello y la acepta, y esto es entonces un matrimonio.

¹ Génesis 2:18 en adelante

² Juego de palabras que en alemán suena mejor: "Mann" — hombre, esposo; de ahí Lutero derivó el femenino "Mannynne" o "Männin", hembra, mujer.

³ Génesis 2.

⁴ Salomón.

⁵ Proverbios 19:14.

⁶ Génesis 1:22.

En tercer lugar, la mujer fue creada para ser una ayuda sociable del hombre, en especial, para dar a luz hijos. Y esto no ha cambiado hasta hoy día, sólo que desde la caída en pecado se le ha mezclado la sensualidad, y que ahora el deseo del hombre hacia la mujer y viceversa ya no es puro. Pues se busca no sólo la compañía humana y los hijos, único fin con que el matrimonio fue instituido, sino que hay una muy marcada tendencia hacia la voluptuosidad.

En cuarto lugar se hace aquí una distinción especial del amor, a saber, que el amor conyugal⁷ es o debiera ser el amor más grande y más puro de todos los amores. Pues Adán dice⁸: El hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y la mujer por su parte hace lo mismo, como lo podemos ver a diario. Ahora bien: hay tres clases de amor: falso, natural y conyugal. El falso amor busca lo suyo, así como se ama el dinero, bienes, honra y mujeres fuera del matrimonio contra el mandato de Dios. Amor natural⁹ hay entre padre e hijo, hermano y hermana, amigos y cuñados, y otras personas vinculadas entre sí. Pero muy por encima de todos estos amores está el amor en el matrimonio, es decir el amor entre esposos; éste arde como el fuego y no busca más que a su consorte. Este amor dice: "No deseo lo tuyo, no quiero ni oro ni plata, ni esto ni aquello; quiero tenerte a ti mismo, lo quiero todo, o nada". Todos los demás amores buscan algo fuera de la persona amada; sólo este amor quiere poseer al ser querido como propiedad personal y total. Y si Adán no hubiese caído en pecado, no habría habido cosa más sublime que esto: novia y novio. Pero ahora, tampoco este amor es puro; pues si bien un consorte quiere tener al otro, sin embargo el uno busca su placer en el otro, y esto introduce una nota falsa en este amor. Por eso el estado matrimonial ya no es puro y sin pecado, y la tribulación carnal ha llegado a ser tan grande y violenta que en adelante el matrimonio hace las veces de un hospital para enfermos, a fin de que los hombres no caigan en pecado aun más grave. Pues antes de la caída de Adán resultaba fácil conservar la virginidad y castidad, lo que ahora es hartamente difícil y hasta imposible sin una gracia especial de Dios. Por eso ni Cristo ni los apóstoles querían imponer la abstinencia sexual como ley, pero sí la aconsejaron y dejaron librado al juicio de cada cual el examinarse a sí mismo: el que no puede contenerse, que se case; pero si puede abstenerse por gracia divina, la abstinencia es mejor.

Así también los eruditos teólogos han hallado en el estado matrimonial tres beneficios y utilidades mediante los cuales el concomitante placer pecaminoso quedó redimido y resultó no condenable.

En primer término: que el matrimonio es un sacramento. Un sacramento empero quiere decir un signo sagrado con el que se significa otra cosa, algo espiritual, celestial y eterno, del mismo modo que el agua en el bautismo; la cual, cuando el sacerdote la vierte sobre el niño, significa la sagrada, divina y eterna gracia que al mismo tiempo es derramada en el alma y cuerpo de dicho niño, limpiándolo del pecado heredado" para que allí esté el reino de Dios; las cuales cosas son beneficios inefables e inmensamente mayores que el agua que las significa. De igual manera, también el estado matrimonial es un sacramento, una sagrada señal externa del hecho más grande, sagrado, digno y noble que jamás se produjo o se producirá, a saber, de la unión de la naturaleza divina y humana en Cristo. Pues dice el apóstol San Pablo: Así como el hombre y la mujer, unidos en el estado matrimonial, son dos en una sola carne, así la naturaleza divina y la humana en Jesús son un solo Cristo, y Cristo y la cristiandad un solo cuerpo. "Esto es por cierto",

⁷ En el original: "el amor del hombre y de la mujer".

⁸ Génesis 2:24.

⁹ Puede traducirse también como afecto familiar (entre familiares).

dice Pablo¹⁰, "un gran sacramento", quiere decir, el estado matrimonial significa por cierto grandes cosas. ¿O no es una cosa' grande que Dios es hombre, que Dios se da a sí mismo al hombre y quiere ser posesión del hombre, del mismo modo como el hombre se da a sí mismo a la mujer y es posesión de ella? Si Dios empero es nuestro, también son nuestras todas las cosas.

Vemos así que por el honor de que la unión entre hombre y mujer es elegida como señal de cosa tan grande, el estado matrimonial debe tener tal significación que en el débito conyugal el pecaminoso placer carnal de que nadie está exento no es condenable, si bien es cierto que fuera del matrimonio, la realización de este placer siempre es pecado mortal. Así la sagrada humanidad de Dios cubre la vergüenza del pecaminoso placer carnal. Por eso toda persona debería tener plena conciencia de ese sacramento, dando el debido honor a las cosas sagradas y usando con moderación el débito conyugal, con el fin de que no se acceda incesantemente al placer carnal, como lo hacen los animales.

En segundo término: que el matrimonio es un pacto de fidelidad. Esto es el fundamento y la esencia misma del matrimonio, que uno se entrega al otro y promete guardar fidelidad y no dar entrada a otro. Por cuanto, pues, el uno se liga y se entrega al otro de tal manera que le corta a la carne todos los demás caminos y se contenta con un compañero de cama único, por tanto Dios toma en cuenta el hecho de que la carne es reprimida hasta el punto de no permitírsele hacer desenfrenadas correrías por la ciudad, y en su gracia consiente en que donde se guarda tal fidelidad, se le haga alguna concesión al placer, aún más allá de lo necesario para la procreación, pero siempre que uno se modere con toda seriedad y no convierta las relaciones matrimoniales en un estercolero y revolcadero de puercos.

Aquí yo debería decir algo en cuanto a las palabras que han de usarse cuando dos personas se comprometen. Pero este asunto lo han hecho tan profundo, tan amplio y tan sutil que yo no soy quién para poder entenderlo; y me temo que hay muchos, que conviven como esposos, a quienes nosotros sin embargo consideramos como concubinos. Pues como el estado matrimonial consiste básicamente en un mutuo consentimiento, y como Dios es admirable en sus juicios, dejaré que esto corra de su cuenta. Las palabras comúnmente usadas son éstas: "Yo soy tuyo, tú eres mío", y si bien algunos insisten con todo rigor en que no basta decir "quiero tomarte, o te tomaré, en matrimonio" u otras palabras, yo por mi parte preferiría juzgar según el sentir que los contrayentes tuvieron en aquel entonces.

Igualmente: si uno da al otro una promesa en secreto, y luego va y toma a otro, sea en público o secretamente, todavía no sé si es correcto todo lo que se escribe y juzga al respecto. Mi consejo es que los padres acostumbren a sus hijos a no tener vergüenza de solicitar de ellos un consorte, y que los padres hagan notar que quieren aconsejar a sus hijos, para que éstos se contengan y mantengan tanto mejor en esperanza; y por otra parte, que los hijos no se comprometan sin el conocimiento de sus padres. Si no te avergüenzas de pedir de tus padres una prenda de vestir o una casa, ¿por qué entonces eres tan insensato y no pides de ellos lo que es mucho mayor, a saber, un consorte? Así lo hizo Sansón¹¹: éste vino a una ciudad y vio allí una joven que le gustó. Entonces, antes que nada volvió a casa y dijo a su padre y a su madre: Yo he visto a una joven y la amo; os ruego que me la toméis por mujer.

En tercer término: que trae frutos; pues ésta es la finalidad y principal función del matrimonio. Sin embargo, el mero producir frutos no basta. Por ende, no es a esto a lo que se hace referencia cuando se dice que el matrimonio disculpa el pecado; pues tal fruto les produce

¹⁰ Efesios 5:32.

¹¹ Jueces 14:2.

también a los paganos. Antes bien, es preciso que se eduque el fruto del matrimonio para servicio, honra y gloria de Dios, sin abrigar otros intereses egoístas, lo que desgraciadamente ocurre sólo raras veces. Se buscan sólo herederos o el placer que los hijos le puedan causar a uno; el servir a Dios queda relegado a un plano enteramente secundario. También hay quienes se casan y llegan a ser padre o madre antes de que ellos mismos sepan orar o conozcan los mandamientos de Dios.

Sepan empero todos los esposos que la esmerada educación de sus hijos es la mejor obra y utilidad que ellos pueden ofrecer a Dios, a la cristiandad, al mundo entero, a ellos mismos y a sus hijos. Nada son las peregrinaciones a Roma, a Jerusalén, a Santiago de Compostela. Nada es edificar iglesias, pagar misas, o cualesquiera otras obras que puedan mencionarse, nada son comparadas con esta sola obra de que los esposos eduquen bien a sus hijos; pues esto es para ellos el camino más indicado hacia el cielo, y tampoco pueden alcanzar el cielo más directamente ni mejor que con esta obra. Además, es la obra que propiamente les incumbe, y el no empeñarse en ella es no menos absurdo que un fuego que no calienta y agua que no moja.

Por otra parte, no hay manera más fácil de ganarse el infierno que con los propios hijos; y los padres no pueden hacer cosa más perniciosa que descuidar a sus hijos, dejarlos maldecir y jurar, aprender malas palabras y cantitos obscenos y seguir sus propios antojos. A más de esto, hay no pocos casos donde los padres mismos ejercen una influencia nociva sobre sus hijos con exceso de atavío e instigación a lo mundano, con intención de que ante todo gocen de la estima del mundo, escalen altas posiciones y lleguen a ser ricos, y se empeñen más en dar la provisión necesaria al cuerpo que al alma. Tampoco para la cristiandad misma hay daño mayor que el causado por la negligente educación de los hijos; porque si la cristiandad ha de ser reactivada, es preciso comenzar por los niños, como se hacía antaño.

Este tercer punto me parece ser el de mayor importancia y utilidad, que sin duda puede resarcir no sólo el débito conyugal, sino también todo otro pecado. Pero el falso amor natural ciega a los padres, de modo que conceden más importancia al cuerpo de sus hijos que al alma. Por eso dice el Sabio: "El que detiene el castigo, a su propio hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige"¹². Además: "En el corazón de todo niño hay intentos necios, pero la vara puede echar fuera todo esto"¹³. Dice también Salomón: "Si castigas a tu hijo con varas, librarás a su alma del infierno"¹⁴. Por eso es altamente necesario para toda persona casada considerar el alma de su hijo con mayor y más profunda solicitud que el cuerpo que le ha dado, y estimar a su hijo como un tesoro precioso y eterno que Dios le encomendó para guardarlo, a fin de que el diablo, el mundo y la carne no lo roben ni destruyan; porque será demandado de él en la muerte y en el día postrero, y las cuentas de Dios suelen ser muy exactas. Pues ¿de dónde crees que provendrá el terrible llanto y lamento de aquellos que exclamarán: "Bienaventurados los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron"?¹⁵ Sin duda alguna se deberá a que no condujeron a sus hijos hacia Dios de quien los recibieron para guardarlos.

¡Por cierto, un estado sublime, excelso y bienaventurado es el estado matrimonial si se lo lleva bien! ¡Y por cierto, un estado desdichado, terrible y pernicioso es el estado matrimonial si no se lo lleva bien! Al que reflexionara sobre estas cosas, de seguro que se le pasaría la voluptuosidad de la carne, y quizá apetecería el estado virginal con tanto ahínco como apetece el

¹² Pr.13: 24.

¹³ Pr.22:15.

¹⁴ Pr.23:14.

¹⁵ Lucas 23:29.

estado matrimonial. La juventud poco repara en estas cosas y sólo sigue sus deseos, pero Dios reparará seriamente en ello y seguirá lo que es justo.

Finalmente, si quieres expiar bien todos tus pecados y obtener la más alta indulgencia aquí y en el más allá, morir en la gracia de Dios y buscar también aquí en lo temporal el bien de tu descendencia, entonces presta seria atención a este tercer punto, es decir, e! educar bien a tus hijos; si no eres capaz de hacerlo, ruega y busca a otras personas que tienen la capacidad, y no escatimes dinero, gastos, esfuerzos y trabajo, pues esto son las iglesias, altares, testamentos, vigiliass y misas de difuntos que dejas detrás de ti, y que también te alumbrarán en la hora de tu muerte y en el lugar a donde llegues.

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACION POR
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA, 22 DE OCTUBRE DE 2010**